

Homilía del Domingo de Ramos 4 de abril 2020.

Mis hermanos y hermanas, en la homilía de hoy, me dirigiré con las palabras de otros.

Las siguientes palabras, son del Obispo Daniel Mueggenborg de Seattle, Washington, las cuales hacen un buen resumen del Evangelio de hoy.

"Al oír proclamarse este Evangelio, notarán una revelación decepcionante de pecado tras otra. Es como una corriente de pecado, debilidad y fracaso de la humanidad que se levanta de una vez más contra Jesús. Jesús vino para salvarnos de nuestros pecados, y a través de Su sufrimiento, muerte y resurrección destruyó el poder del pecado y abrió el camino a la vida eterna. Así pues, no debemos sorprendernos de ver las acciones pecaminosas de tantos rodeando a Jesús en estos momentos. Nuestro Señor tomará lo peor que el mundo tiene que ofrecer y sepultará el poder del pecado para siempre. Ante tanta malicia, maldad y odio, Jesús responde con misericordia y amor en la cruz. Como resultado de la muerte de Jesús, vemos que la virtud y la fe comienzan a fluir en el mundo como cuando el velo del templo se rompe en dos, ha inicio el Reino de Dios (por ejemplo, el terremoto y los santos resucitando de los muertos), el centurión profesa su fe, y José de Arimatea cuida del cuerpo de Jesús con respeto y dignidad. En efecto, las tinieblas no han prevalecido. Después de todo, el mundo aún tiene esperanza, gracias a la muerte y resurrección de Jesús."

=====

El Obispo Mueggenbordg recomienda reflexionar con la siguiente oración:

Nuestro Señor Jesucristo

Que tu muerte sea mi vida,
y en tu muerte pueda saber cómo vivir.
Que tus luchas sean mi descanso,
tu debilidad humana mi coraje,
tu vergüenza mi honor,
tu pasión mi deleite
tu tristeza mi alegría,
y en tu humillación sea exaltado.
Que encuentre todas mis bendiciones en tus pruebas.
Amen.

- Oración de San Peter Faber, S.J.

=====

De otro autor - esto es de un sermón del Papa San Leo el Grande, que nació en el año 400AD, y murió el 10 de noviembre del año 401AD.

Esta lectura se encuentra en el Oficio de Lecturas del martes de la 5ª Semana de Cuaresma.

Nuestro entendimiento, que es iluminado por el Espíritu de la verdad, debe recibir con pureza y libertad de corazón la gloria de la cruz mientras brilla en el cielo y en la tierra. Debería ver con una visión interior el significado de las palabras del Señor cuando hablaba de la cercanía de su pasión: *Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado.* Después dijo: *mi alma está turbada, ¿y qué debo decir? Padre, sálvame de esta hora. Pero fue por esto por lo que llegué a esta hora. Padre glorifica a tu Hijo.* La voz del Padre vino del cielo, diciendo: *Yo lo he glorificado, y nuevamente lo glorificaré, Jesús respondió a los que le rodeaban: No fue para mí que esta voz habló, sino para ustedes. Ahora que es el juicio del mundo, el príncipe de este mundo será expulsado. Y yo, si soy erguido de la tierra, atraeré todas las cosas conmigo.*

Cuán maravilloso es el poder de la cruz; cuán grande, más allá de todo, es la gloria de la pasión: aquí está el tribunal del Señor, la condenación del mundo, la supremacía de Cristo crucificado.

Señor, atrajiste todas las cosas hacia ti para que la devoción de todos los pueblos en todas partes celebrara, en un sacramento hecho perfecto y visible, lo que se llevó a cabo en el único templo de Judea bajo oscuros presagios.

Ahora hay un orden más distinguido entre levitas, una mayor dignidad para el rango de ancianos, una unción más sagrada para el sacerdocio, porque su cruz es la fuente de todas las bendiciones, la causa de todas las gracias. A través de la cruz los fieles reciben la fuerza de la debilidad, la gloria del deshonor, la vida de la muerte.

Los diferentes sacrificios de animales ya no existen: la única ofrenda de tu cuerpo y sangre es el cumplimiento de todas las diferentes ofrendas sacrificiales, porque tú eres el *verdadero Cordero de Dios: quitas los pecados del mundo*. En ti mismo traes a la perfección todos los misterios, de modo que, como hay un sacrificio en lugar de todas las otras ofrendas sacrificiales, también hay un reino reunido de todos los pueblos.

Queridos hermanos, reconozcamos entonces lo que San Pablo, maestro de las naciones, reconoció con tanta alegría: *Este es un dicho digno de confianza, digno de una aceptación completa: Cristo Jesús vino a este mundo para salvar a los pecadores*.

La compasión de Dios por nosotros es tanto más maravillosa porque Cristo murió, no por los justos o los santos sino por los malvados y los pecadores, y aunque la naturaleza divina no pudo ser tocada por el aguijón de la muerte, lo tomó para sí mismo, por su nacimiento

como uno de nosotros, algo que podría ofrecer en nuestro nombre.

El poder de su muerte enfrentó una vez nuestra muerte. En las palabras de Oseas, el profeta: *Muerte, yo seré tu muerte; sepulcro, te tragaré.* Al morir se sometió a las leyes del inframundo; al resucitar los destruyó. Eliminó el carácter eterno de la muerte para hacer de la muerte una cosa del tiempo, no de la eternidad. *Como todos mueren en Adán, así todos serán traídos a la vida en Cristo.*